

HABITANDO LA ESCULTURA

–El paisaje de la vida–

Recuerdo de mi abuelo Jacinto Higueras Cátedra

JAIME DEL VAL

El paisaje sensorial de mi infancia se entretejió en la arquitectura dinámica, de texturas múltiples, de volúmenes rítmicos y móviles, poderosos y gráciles, como danzantes, de la escultura de mi abuelo, cuando la mirada se perdía, siempre en movimiento, en los infinitos huecos y salientes, no de formas, sino de movimientos de una escultura que daba escape a mi sensorialidad más allá de las líneas rectas y ángulos de la casa, como una arquitectura más rica dentro de la arquitectura, ya de por sí compleja, de la casa familiar.

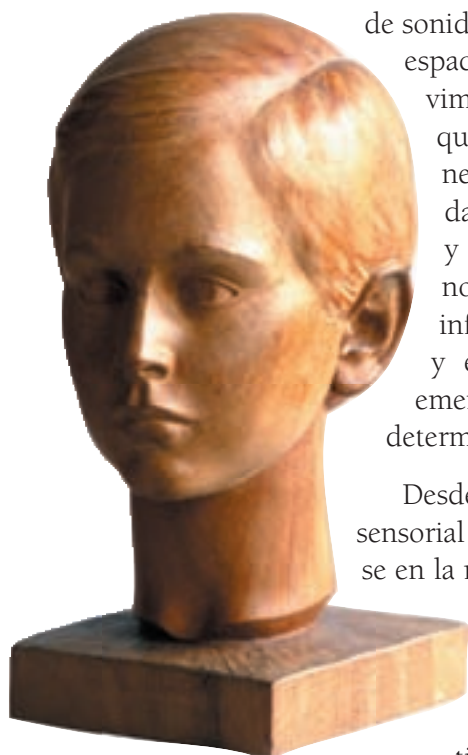
Esculturas que habitaban, y habitan aun hoy, todos los rincones de la casa, tantos rincones de luces y sombras en los que se forjó el intrincado laberinto sensorial y afectivo de la infancia, donde el espacio-tiempo se abría a dimensiones indeterminadas.

La escultura como espacio emergente de sensaciones y afectos, como arquitectura perceptual, ha informado, como un andamiaje y cimiento, todo mi trabajo artístico, desde la danza y las nuevas tecnologías hasta las arquitecturas digitales interactivas, que son como esculturas dinámicas amorfas, o los videos de microdanzas corporales, hasta el nuevo proyecto Metabody que ha de construir una escultura-arquitect-



tura dinámica, y arquitecturas portables o vestibles, que son como esculturas amorfas en movimiento. Ha informado también la imaginación musical

JHC, en el montaje de la **Figura del Minero** en el Monumento al Minero, Guardo, Palencia, junio 1975



Cabeza de su nieto Jaime,
madera,
31 x 15 x 26 cms. 1980

de sonido esculpido en el espacio, espacio que emerge del movimiento, de la percepción que se mueve en volúmenes y texturas; y la propia danza, que esculpe espacio y tiempo *metaforme*, o sea, no solo multiforme, sino de infinitas formas potenciales y en movimiento, siempre emergentes y cambiantes, indeterminadas.

Desde la infancia mi paisaje sensorial y cognitivo fue forjándose en la relación de constante movimiento que establecía con las esculturas de mi abuelo, como elementos clave del paisaje cognitivo, un paisaje abierto que

facilitó que se constituyera y conformara una consciencia abierta, siempre en movimiento, tendente hacia lo indefinido y múltiple, siempre a la búsqueda de la indeterminación. Mi vida y mi trabajo de artista, y aun de filósofo, es como una prolongación de esa forja sensorial de la infancia.

Mi abuelo, además, me contaba historias, me fabricaba juguetes con sus manos, con ingeniosos mecanismos, y me enseñó a recitar como él había aprendido de Federico García Lorca, y todo desde la sencillez sin pretensiones, enseñándome con ello tanto la dimensión del artista multidisciplinar como la honestidad de quien no busca los brillos falsos del éxito.



Busto de su nieto Jaime del
Val, bronce, mayor del
natural, 45 x 24 x 25 cm.
1991

Esta polivalencia, preocupada a partes iguales por la técnica y por la expresión, que abarcaba desde el juego de niños a la obra más abstracta; verle modelando, vaciando en yeso sus esculturas, o tallándolas directamente en materia definitiva, o supervisando el trabajo de operarios y fundidores, me ha dado una visión plural, multidisciplinar, no jerárquica, del trabajo artístico, la imbricación de técnica y expresión (la *tékhnē* griega), y su confusión con todas las áreas de la vida, porque no había momento donde el ingenio técnico y artístico no se pusiera en marcha, ya en resolver avatares cotidianos y averías de la casa, ya en alentar la imaginación del niño; ya en producir obras de imaginación libre, hechas para sí mismo o para la familia, no para el mercado; ya en resolver encargos, a veces monumentales, del trabajo.

La manualidad y corporeidad del trabajo del escultor, su espacialidad y temporalidad, las perspectivas y distancias infinitas y cambiantes, la tactilidad y multisensorialidad (qué profundo el sentido del olfato ahondándose en el barro húmedo, en la tierra, el barro traído de Jaén, la tierra de mi abuelo, tierra roja); la temperatura, la textura, la luz, el silencio que se esculpe, esta multisensorialidad corpórea de la escultura, esa inteligencia manual y corporal de dar movimiento al barro, constituye una de las esencias más profundas de mi vida, que alumbra no solo mis

recuerdos familiares, sino mi fuerza vital y creadora, que encuentra en ello un fuero salvaje, un pozo sin fondo, una fuente vital, que se renueva en la alegría de esa corporalidad, de esos movimientos, de esa sensorialidad que crea, oliendo, tocando, moviéndose en la penumbra de luz lechosa del estudio en una inteligencia kinética que nace y renace sin principio ni final, confundándose con el barro, naciendo del barro y los sentidos, adquiriendo, no forma, sino consistencia y movimiento.

La despreocupación de mi abuelo con el éxito, su modo de hacer para sí y para sus cercanos las obras más libres y acaso más audaces y hermosas, mientras trabajaba en otras de encargo, su valía, para mí indiscutible, que se desarrollaba al margen del mercado del arte, sin participar en él en absoluto, sin buscarlo, huyendo casi de cualquier tipo de éxito, fue una enseñanza esencial que ha moldeado mi conciencia del trabajo como totalmente ajena a los brillos falsos, al «hacer carrera», a las escuelas; mentalidad autodidacta forjada en lo profundo de su estudio, cuando él me alentaba en el dibujo y la pintura, o en el recitado.

Su multiplicidad de estilos, desde lo más figurativo a lo más abstracto, y ese punto medio, ni figurativo ni abstracto, de volúmenes danzantes, ligeros y potentes, llenos de movimiento es también un referente y motor estético en mi vida, motor de pluralidad *metaforme* y abierta, y es que en mi imaginación infantil la escultura de mi abuelo era «La Escultura» con mayúsculas, como una especie de referente universal en relación con el cual se median todas las demás expresiones escultóricas y artísticas como si estas se definiesen solo por grados de se-

mejanza o desviación de ese estilo *metaforme* de mi abuelo y los movimientos potentes y danzantes de sus volúmenes.

Volúmenes infinitos que generaban su propio espacio-tiempo, tan lejano de la linealidad cartesiana. Cuantas veces no me habré perdido dando vueltas a una escultura, acercándome y alejándome, en la infinita modulación de sus movimientos. El paisaje de la casa era como un bosque plagado de esos volúmenes, todos ellos muy diversos, de modo que la visión, la sensorialidad, iba de unos a otros, componiendo como un mosaico infinitamente cambiante, fijándose ahora en el detalle de una textura, luego en un volumen danzante y poderoso y así eternamente en un juego donde la percepción nacía y renacía. Y aun hoy nace y renace, y a cada paso de mi vida, mi pensamiento y mi trabajo, expando sus movimientos.

Me transmitió, acaso de forma constante y sin saberlo, el espíritu de La Barraca de García Lorca, teatro del que fuera miembro fundador y destacado, ese espíritu desinteresado de cooperación y aventura creativa. Me lo transmitió es su quehacer diario, alentándome en todas mis aventuras creativas, y también enseñándome a recitar el «Poema de Alvar González», de Machado, que después yo le haría recitar a diario en sus últimos años para que ejercitara la memoria, y que aún en sus últimas semanas era capaz de recitar de memoria entero en su media hora extensa de duración. El espíritu ejemplar de La Ba-



Dante, madera, talla directa, 50 x 16 x 11 cms. 1981

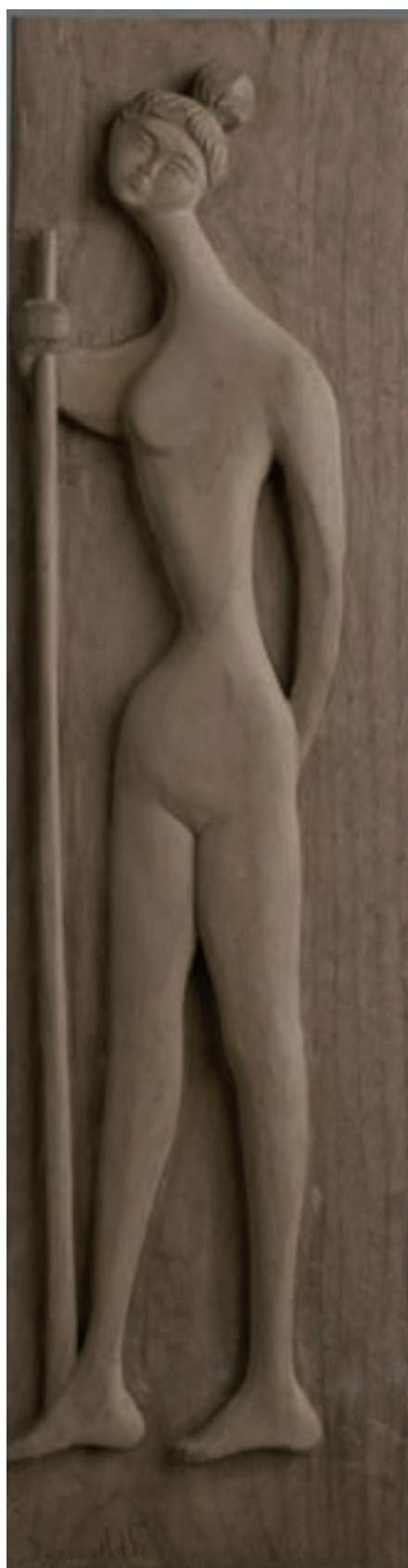
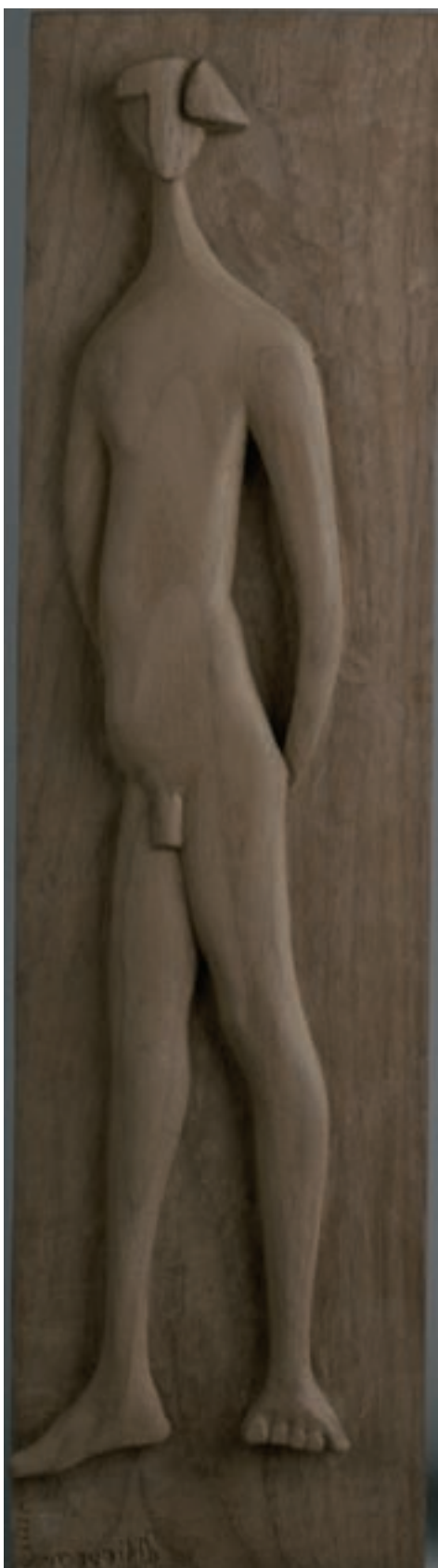


Siluetas, bajo relieve.
Madera de caoba, talla
directa, 48 x 68 x 07 cms.
1995

rraca iluminaba su vida y su obra, y así ha pasado a la mía.

Tal vez las últimas palabras que escuchó fueron esas del comienzo del poema: «Siendo mozo Alvargonzález, dueño de mediana hacienda, que en otras tierras se dice bienestar y aquí opulencia...», susurrándolas yo en sus oídos en sus últimos momentos, como llamándolo a la vida.

Una vida que se iba tras la de la abuela, en la estela de su barco, como corolario de una vida juntos que solo en la muerte podía continuar, eterna como el mar, pues siempre sentí que eran juntos como un solo metacuerpo, y participar de él fue el mayor regalo que la vida puede dar.



Adán y Eva, dos tablas
bajorrelieve. Madera, talla
directa, 63 x 26,5 x 05 cms.
1996

AL ABUELO

Serenidad de alegría vivida
En tu mano firme
Modeladora de mundos,
Sencillez desprovista de ambición,
Grandeza humilde,
Ingenio despierto y pies en tierra,
Corazón rebosante
De vida cumplida.
De la infancia
Compañero de juegos,
Creador de ilusiones,
Soporte de la vida, moldeador de
planos firmes, poderosos,
Y curvas de belleza grácil.

Guardián que velabas por nosotros
Con tu trabajo y tu presencia,
Con el humilde aplomo
Que se asienta en los cimientos
de la vida.

Hacia el final
Tu sonrisa transfigurada
Y tu resignada alegría de otro mundo
Fue un regalo que atesoraremos
siempre,
Que nos alumbra
como faro en el camino.

A LA ABUELA

En el Oscuro sin tiempo
Brilla permanente la luz de un candil,
Cálida, aterciopelada,
Alumbra en la noche ciega del
mundo.

Tú eres ese candil,
Fuente de ilusión,
Manantial perenne de la vida.

En tus cabellos de plata
brilla la luz que ha alumbrado
mis días,
En tus ojos luce el alba de la vida
Limpia y transparente, lejana y
presente,
En tus manos finas, y en tu rostro,
brilla la belleza de tu alma.
En tu mirada clara florece toda
ilusión.
Eres el cimiento de la vida.

Eres fresca sombra y cálido hogar,
Refugio en la montaña,
indestructible,
Que se alza,
más allá de la muerte.

Y de tus entrañas,
Cimiento del mundo,
Fluye el sentimiento,
De toda una vida fruto acumulado,
Que como una nube
se descarga en todos a tu alrededor.
¡Musa del Cariño!
¡Madre del Amor!,
Verdadero,
que se alza por encima
de toda humana muralla de
prejuicios.

Ya descansas ajena a todo sufrimiento
Caminando hacia un mar de la alegría.

Cuando te apagaste se extinguió para
nosotros la llama de la vida,
Pero ya renace en tus cenizas la flor de
la esperanza.

Y aunque ya no esté tu mirada clara
Alumbrarás para siempre nuestro
abismo.

Pues este amor no se detiene
ante las murallas de la muerte.

Emerjo de un sueño profundo
A un mar frío de presente,
Donde sigo la estela de tu barco.

Camino ciego en la esperanza
De ser contigo cenizas
De un nuevo espejo,
Donde nazca un nuevo mundo.

A LOS DOS

Ya descansáis juntos,
77 años de vidas entregadas,
 colmadas,
De amor saturadas,
Pues solos no pudierais
el uno sin el otro
en el camino.

Ya vuestra sonrisa
y vuestra mirada
acompañan nuestro vacío
y vuestro amor
se extiende como ola

en el mar de nuestras vidas
llenando nuestro abismo.

El uno al otro Espejos erais,
Y de nosotros ejemplo

Vidas llenas de amor
Que se derraman
a vuestro alrededor,
Fraguando silenciosos
los cimientos de la tierra.

Las manos cogidas,
La mirada de amor llena hasta el
 último final,
En la tumba reposáis
Juntos para siempre
Como en vida.

Espejos seréis de cenizas,
Para un nuevo mundo de esperanza.

Amanecemos a un cielo nuevo
Abrigados en el refugio
de vuestra calma
y de un amor sereno
que no muere sino avanza.